

La
conquista
del
ESPACIO

BOLSILIBROS

LOS HEREDEROS DE LA HUMANIDAD

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Mi amigo Byron White, de la NASA, me había invitado a pasar unos días en la cabaña de su jefe para unas jornadas de caza y porque quería ofrecerme un trabajo relacionado con mi anterior labor como astronauta. Aunque no estaba muy contento puesto que mi experiencia entre las estrellas no me había entusiasmado demasiado, acepté.

Fue una velada agradable en la que comentamos muchos temas destacando sobre todo nuestra charla sobre la nueva central de energía que estaba probando Japón. Un desarrollo tecnológico que los pondría en vanguardia como potencia energética pero que mi amigo y yo no veíamos muy segura...

CAPÍTULO PRIMERO

Desde hacía unos días, Byron White me había estado llamando a mi apartamento con insistencia, según me dijo cuando al fin consiguió reunirse conmigo una mañana para almorzar.

Tomamos algunos martinis y luego nos sentamos en una mesa cerca del ventanal desde donde podíamos ver la bahía de Tampa. Charlamos de trivialidades y cada vez que Byron intentó hablar de los viejos tiempos pasados, me las ingenié para cambiar de tema; hasta que él se percató que no deseaba recordar mi antigua profesión de astronauta.

En los postres, saboreando sendas copas de *brandy*, Byron debió considerar que había llegado el momento de abordar el tema por el cual me había estado persiguiendo desde hacía días.

—Tengo un empleo para ti.

No respondí en seguida. Era consciente de que tarde o temprano tenía que buscar trabajo. El dinero se me estaba acabando y por consiguiente la buena vida.

Decidí prestar atención a Byron.

—¿De qué se trata? —habría añadido que por supuesto no deseaba nada relacionado con los vuelos espaciales.

Pero aquello debía saberlo Byron, o al menos suponía yo que él debía tenerlo presente.

—¿Has oído hablar de Sun's Enertoll?

Asentí.

—¿Te gustaría trabajar para esa empresa?

—¿Qué clase de trabajo?

—Exactamente no lo sé. Hace dos semanas me llamó el propietario de la empresa, Thomas Ganister. Quiere contratarte.

—¿Conoces a Ganister?

—Bueno, me lo presentaron hace un año. Apenas tú habías dejado la NASA... —Byron carraspeó. Sabía que estaba entrando en un terreno resbaladizo.

Sonreí, como quitando importancia al asunto y le animé a que prosiguiese.

—Pero Ganister ha oído hablar de ti. Sabe que eres un buen ingeniero electrónico y podrías aplicar tus conocimientos adquiridos en el desarrollo de nuevas técnicas para el aprovechamiento de la energía solar. Pensé que sería interesante para ti, Pete.

—Creo que la sede central de la empresa Sun's Enertoll está en California, ¿no?

—Sí. Pero Ganister posee una propiedad en Droomville y me preguntó si yo podría llevarte allí como invitado suyo.

—¿Dónde está Droomville?

—Cerca de Memphis. Pete, he estado buscándote como loco. Aún me quedan unos días de permiso y Ganister llegará a Droomville dentro de dos. Pasará allí una semana, cazando y pescando. Pensó que sería un buen sitio para conocerte y discutir contigo ciertos términos. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros.

—Inicialmente no está mal. Todo depende de lo que ganaré al año.

—Oh, no dudo que será interesante la propuesta de Ganister. Su empresa marcha viento en popa y la energía solar cada día tiene más posibilidades. ¿Puedo decirle a Ganister que nos reuniremos en su propiedad?

Entorné los ojos. Podía decir a Byron que lo pensaría, pero me decía que no había ningún motivo para demorar la respuesta. El último año había estado divirtiéndome, gastando el dinero a manos llenas. Quizá para olvidar mi desencanto, el sabor amargo que me dejó la NASA.

También pensé en June. Fueron unas semanas maravillosas con ella. Pero cuando menos lo esperaba, se marchó. Dejó una nota en la mesita de noche despidiéndose escuetamente de mí. La noche anterior me había hecho una revelación que no esperaba. Ella estaba casada. Le pedí que se divorciase, pero me respondió que no lo haría, añadiendo que por mí, no por ella.

Resultó una noche inquieta. Insistí en que me aclarase las cosas, que me revolían el estómago las medias tintas. No sé qué me dijo acerca de que su marido era un tipo violento, que a veces la hacía vigilar.

Habíamos pasado unos días maravillosos en las Bahamas y por lo menos yo no vi a nuestro alrededor nada sospechoso. Dije a June que todo eran figuraciones suyas y que si estaba casada, estaba dispuesto a esperar. E incluso a hablar con su marido.

Ella alegó que le dolía la cabeza y se durmió. Pero lo fingió. Cuando me desperté ya no estaba. Entonces, después de buscarla y convencerme que había abandonado las islas, regresé a Tampa, para encontrarme con los recados de Byron.

De June solo sabía que se llamaba Porter. Ni siquiera sabía donde vivía. Me la encontré en las Vegas e intimamos pronto. Cuando ella se acostó conmigo me pidió que nos marchásemos de allí. Fuimos saltando de ciudad en ciudad, hasta que tomamos un avión en Houston para las Bahamas.

Serenamente, mientras volvía a mi apartamento, rememoré pequeños indicios y me dije que era un estúpido al no haberme dado cuenta que ella parecía huir, que no le gustaba estar mucho tiempo en el mismo sitio. Solo en las Bahamas pareció sentirse tranquila, hasta que surgió la inesperada marcha.

El día anterior yo había estado a punto de visitar una agencia de detectives. Quería que la encontrasen. Pero no pasé de la puerta. Si June quería estar conmigo ella podía

encontrarme. Sabía dónde vivía. Solo tenía que llamarme y yo iría corriendo a su encuentro sin dudarlo.

La cuestión ahora era decidirme a alejarme de mi apartamento por algún tiempo. En mi ausencia podía presentarse June o llegar algún mensaje suyo. Por otra parte, el saldo de mi cuenta corriente había bajado considerablemente. Y la propuesta que me estaba haciendo Byron en nombre de Thomas Ganister, aunque no era firme, no resultaba despreciable.

—De acuerdo. ¿Cuándo vamos?

—Llamare esta noche a Ganister y concretaremos el día.

Byron estaba tan contento que pagó la comida. Me propuso vernos más tarde, cuando hubiese llamado a Ganister, y seguir la fiesta tomando unas copas.

Dije que no, que tenía que ordenar algunas cosas en mi apartamento. De todas formas prometió que me llamaría, sabiendo que estaría todo el día sin salir, apenas tuviese noticias de Ganister.

Más tarde, a solas en mi apartamento, cogí una botella de *bourbon* y me senté en la pequeña terraza.

Allí, sentado en un sillón de mimbre y gozando de la quietud de la incipiente noche, miré las estrellas.

Las maldije.

No podía ir ya hasta ellas.

Pero seguí mirándolas embelesado. Como un amante rechazado las amaba más que nunca. Y sentí celos por los que pudieran acercarse a ellas, poseerlas.

Byron White era uno de los afortunados. O al menos lo sería en breve, cuando el Proyecto Capella estuviese liso.

Parpadeé cuando las brillantes luces del ciclo se me hicieron borrosas.

A causa de mi vista no había podido seguir en la NASA. Mi ojo izquierdo fallaba. Tal vez antes de unos años me quedaría sin visión en él. El motivo fue un estúpido accidente ocurrido durante los entrenamientos, un golpe sin importancia que meses después resultó que si la tenía.

Y yo, astronauta con experiencia, el más calificado para comandar la *Mizar II*, tuve que marcharme. Claro que me ofrecieron un puesto en la gran sala de control, para seguir el rastro de mis compañeros. Me negué. También dije no cuando me propusieron para relaciones públicas.

Decidí marcharme. Estaba demasiado irritado para seguir en Cabo Kennedy junto a las naves o en Houston en la estación de seguimiento.

Cuando abrí los ojos de nuevo, pude apreciar el vivo brillo de las estrellas. Mi visión volvía a ser normal, pero los oftalmólogos me habían asegurado que las crisis se harían más insistentes. Solo tenía la posibilidad de operarme, pero por el momento no lo deseaba.

Eché más hielo y vertí *whisky* en el vaso vacío, preguntándome si Thomas Ganister conocía mi deficiencia. Seguramente sí, me respondí. Además, para asesorar a un departamento de investigación, un par de gafas me daría cierta importancia y respeto.

Me reí tristemente de mi propia sugerencia.

De repente sonó el teléfono y me levanté como impelido por un resorte.

Era Byron.

—El señor Ganister nos espera dentro de dos días, Pete.

—Magnífico —respondí.

Pero mi voz careció del lógico entusiasmo.

* * *

Cole, el vigilante, me salió al encuentro apenas salí del ascensor y caminé por el aparcamiento subterráneo.

—Buenos días, señor Elwell —me dijo—. ¿Cuándo volvió?

—Anteayer, Cole. ¿Alguna novedad?

—Su coche está dispuesto, señor. Pero...

Me detuve delante del Ford, con las llaves cerca de la cerradura.

—¿Qué sucede, Cole?

—Bueno, creo que debí decírselo cuando llegó, señor Elwell. Lo sabía por el conserje.

—Dígame de qué se trata.

—Dos individuos estuvieron aquí la semana pasada haciendo preguntas referentes a usted.

Describí a Byron y Cole me dijo que no se trataba de él.

Sonreí de pronto, creyendo haber encontrado la respuesta.

—No se preocupe, Cole. Seguramente se trataba de enviados de alguna agencia que investigaban mi vida.

—¿No es extraño, señor Elwell?

—Nada de eso. Acaban de proponerme un trabajo —sonreí—. Es normal que mi futuro jefe, si es que llega a serlo, se interese por mi vieja privada. Supongo que les hablaría bien de mí, Cole.

El vigilante negó con la cabeza.

—No dije nada, desde luego. No me gustaron esos tipos, señor.

—Pues el conserje no me ha dicho nada.

—Dudo que subieran después de que los eché de malas formas.

—No debió hacer nada de eso. Pero no se preocupe. Ah, Cole. Estaré fuera unos días. Iré a... Creo que se llama Droomville. Cazaré o pescaré y, de camino discutiré con mi posible nuevo jefe sobre mi futuro trabajo.

—Me alegro, señor Elwell.

—Quiero que me llame allí si una mujer pregunta por mí o se recibe algún aviso firmado por June Porter. Desde Droomville le llamaré para darle un número de teléfono donde podrá localizarme.

Entregué un billete de veinte dólares que Cole no quiso aceptar, pero que terminó guardandoselo después de prometerme que se tomaría unas copas a mi salud.

Retiré en el banco algún dinero y dejé mi cuenta casi a cero. Luego adquirí una escopeta de caza, cartuchos, trajes adecuados, cuchillo de monte, mantas y otras cosas que pensé me servirían. En la sección de pesca miré con el ceño fruncido las cañas. No me gustaba coger peces, pero la caza me satisfacía.

Si el señor Ganister era un apasionado de la pesca no estaba dispuesto a decirle que a mí también me gustaba. No sé ni tomar entre mis manos una caña.

Mis ojos se clavaron en un revólver Magnum. Pregunté el precio y terminé adquiriéndolo, después de rellenar los papeles y mostrar mi permiso de armas. Me llevé también un par de cajas. Si la caza no se presentaba óptima siempre podría distraerme tirando al blanco y sentir en mi mano el fuerte golpe del Magnum al apretar el gatillo.

Al regresar a casa charlé un rato con el conserje. Le di las mismas instrucciones que a Cole y le pregunté si a él le había interrogado alguien respecto a mi persona. El conserje me replicó que no.

Me encogí de hombros y subí al apartamento.

* * *

Dos días más tarde Byron y yo volamos hacia Memphis.

—La cabaña de Ganister está a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. Alquilarémos un coche —dijo Byron.

Le dije que mejor sería un *jeep*. Aunque no conocía el lugar, pensé que si había caza y pesca el terreno debía ser montañoso.

Llegamos a Droomville al atardecer. Era un pueblo pequeño, de unos diez mil habitantes. Cenamos y preguntamos por la propiedad del señor Ganister, pensando que debía ser conocido lo suficiente.

El dueño del restaurante aseguró no conocerlo, lo cual nos extrañó mucho.

En la gasolinera volvimos a insistir y el chico, mientras nos limpiaba el parabrisas con un trapo grasiento, dijo:

—Debe referirse al tipo que alquiló la cabaña del Camino Viejo. Tomen la carretera de la montaña y después de doce millas desvíense a la derecha. La encontrarán pronto. Es grande.

—Creí que Ganister era el dueño —dije aferrando el volante del jeep, mirando alternativamente a Byron y al chico.

—Oh, no. Llegó aquí hace poco, con una mujer, tal vez, su esposa. Luego vinieron otros preguntando por él. Me enteré que había alquilado la finca para cazar con unos amigos. Tiene que ser un tipo con mucha pasta —terminó riendo.

Pagué el gasoil y dije a mi amigo, mientras salíamos del pueblo:

—Me dijiste que era suya la propiedad.

—No lo sé cierto, pero tal vez no lo escuché bien —dijo Byron encogiéndose de hombros—. De todas formas esto no tiene importancia. Quizás Ganister me dijo que la pensaba alquilar con la intención de conocerla y comprarla después.

No le dimos más importancia y enfilamos el camino de los montes.

Resultó fácil localizar la casa. El sendero no era muy bueno y me alegré de haber alquilado el jeep. El bosque era denso, pero cuando apareció entre los árboles una casa construida con madera y piedras se abrió alrededor de ella un amplio claro. Detrás se elevaban los grises muros de un barranco. Miré a lo alto y vi que debía tener unos sesenta pies de altura.

Comenzó un sendero de gravilla y dimos la vuelta a la casa, de la que salía humo por la chimenea.

Era casi de noche y nos alegramos de haber llegado. Había luces en la casa.

Aparqué el jeep junto a dos berlinas. Más allá, casi cerca del bosque había un Land Rover. También vi un Toyota de chillón color rojo.

Cogimos el equipaje, las armas y subimos la escalera de madera.

Apenas llegamos al pórtico se abrió la puerta.

Un hombre de unos cuarenta años, con canas en los aldares y sosteniendo un vaso en la mano izquierda nos escrutó unos segundos en silencio. Noté el peso de su mirada en mí, pero en seguida sonrió y exclamó al ver a Byron.

—¡Hola, Byron! Creí que no ibais a llegar nunca. Pasad, pasad.

Byron me presentó. El hombre era Thomas Ganister y su apretón de manos fue fuerte, mientras me miraba a los ojos, como queriendo conocer mis pensamientos. ¿Acaso desde aquel momento me estaba juzgando como su posible empleado?

Nos hizo pasar al salón.

Allí había dos mujeres y dos hombres.

—Byron, Pete, estos son John Callahan y Allen Scott. La belleza rubia es la periodista de *Los Angeles Mirror*, Adriana Paluzzia. Y esta que nos mira tan seria es la señora Ganister.

Yo sonreía a todos, pero cuando miré a la señora Ganister creo que mi palidez no fue descubierta por todos a causa del tono rojizo que esparcía el fuego de la chimenea en la habitación.

Estreché las manos a todos, mas cuando tuve que hacerlo con la señora Ganister y me acerqué a ella no pude reprimirme y susurré:

—June...

Se acercó Thomas Ganister, me palmeó amistosamente y dijo:

—Aquí debemos tutearnos todos. Somos amigos. Ah, mi mujer se llama June.

Pensé que los días que iba a pasar allí no iban a ser todo lo divertidos que me había asegurado Byron.

Y tenía profundas dudas de que fuera a empezar pronto mi trabajo en las empresas Sun's Enertoll.

CAPÍTULO II

—Magnífica escopeta, Pete.

Me volví, Thomas estaba inspeccionando mi arma.

—Sí, señor. Es una *Gurdy* inglesa; magnífica —sonrió—. Pero demasiado nueva. Diría que apenas la has usado.

—Pienso estrenarla aquí, señ... Thomas —dije, recordando que me había pedido que nos tuteásemos.

—Ya. Veo que no le atrae la pesca, ¿no? Es igual. Estos parajes son estupendos. Cerca hay un río, que te hubiera satisfecho de haber preferido la pesca. Pero encontrarás grandes satisfacciones disparando. ¿Has cazado antes?

—Sí, varias veces. Pero no disponía de arma, por lo que pedí al encargado de la tienda que me recomendase una.

—Fue honrado, aunque te hizo cargar con una de las más caras.

Bebí un sorbo de *whisky*. Estuve tentado de decirle que también llevaba en mi maleta la *Magnum*. Vi que aquel hombre era un apasionado de las armas, pero quizá se hubiera reído de mí. ¿Un revólver para ir de caza? Tal vez por la mañana le mostraría la *Magnum*.

En el fondo de la sala las chicas, con la ayuda de John, estaban preparando una cena fría. Mi mirada se cruzó con la de June y ella bajó la cabeza.

Al volverme noté que Thomas me escudriñaba. ¿Seguía algún proceso especial para escudriñar en la mente de los aspirantes a un puesto en su negocio?

Carraspeé y decidí ir al grano.

—Thomas, nuestro común amigo Byron me estuvo hablando de...

Entonces él puso una mano abierta delante de mí, ins-tándome a que no siguiera.

—Todo a su tiempo, Pete. Tenemos tiempo —se sentó y con un gesto me pidió que hiciera lo mismo—. Hablemos ahora de otras cosas. ¿Te importa que toquemos el tema de los vuelos espaciales?

Creo que mi rostro expresó ligeramente que no me agradaba aquel tema, peroforcé una sonrisa.

—Me es igual.

—Por supuesto con Byron no puedo exponer mis con-vicciones porque terminaríamos discutiendo. Pero tú ya no eres astronauta y creo que serás objetivo preguntándote si estás de acuerdo con el proyecto Capella.

—¿Qué quieres saber? ¿Lo que pienso de él?

—Sí, eso es. Ah, te aclaro que no soy partidario del des-pilfarro del gobierno.

—¿Por qué no?

—Es obvio, amigo Pete. Aún no se ha explorado Marte y apenas las sondas enviadas a Venus están transmitiendo datos interesantes. La Luna solo tiene unas míseras bases rusas y americanas que vegetan, sin encontrar rendimiento al alto costo que supone mantenerlas. ¿Qué pasa en el Go-bierno, en el Pentágono? Los presupuestos espaciales es-tán arruinando al país. Y ahora tenemos en ciernes el Pro-yecto Capella, con el absurdo intento de enviar una nave a Sirio, que está a más de ocho años luz. ¿Por qué no Alfa Centauro y reducir la distancia a la mitad?

Con la ayuda del *whisky* respondí:

—Hace tiempo que dejé de preocuparme por ese pro-blema, Thomas. Pero es de todos conocido que las últimas investigaciones demostraron que en Alfa Centauro no hay nada que valga la pena. Una expedición se encontraría allí con planetas mayores incluso que Júpiter. En cambio existen posibilidades en Sirio.

—¡Pero esos miles de millones! —Ganister meneó la ca-beza—. No, no es sensato ese desperdicio cuando en la

Tierra el problema energético no se ha resuelto.

—Las centrales nucleares...

—¡Bah! ¡Siguen siendo tan sucias como hace veinte años! Nos causarán un serio problema algún día.

—En cambio los chinos están construyendo la mayor conocida —dijo Byron acercándose a nosotros—. Y dicen que están usando un sistema revolucionario para la refrigeración.

Thomas se levantó. Parecía alterarse lentamente.

—¿China? Esos tipos están locos. Esa Central Gigante, con la que confían producir energía para todo su país, puede explotar el día menos pensado. Lo presiento.

Adriana nos avisó que la comida estaba lista, pero ante el cariz que tomaba la conversación también se acercó y dijo:

—Tengo que dar la razón al señor Ganister, amigos —sonrió y la encontré encantadora. Me pregunté si aquel precioso pelo rubio era natural, pero su nombre parecía ser de ascendencia italiana y posiblemente fuese morena. Aunque cabía la posibilidad de que... Bueno, ella atrajo nuestra atención y prosiguió—: Hace unos días recibimos en la redacción un télex de nuestro corresponsal en Pekín. Si no lo publicamos es porque no podía darnos seguridad. Decía que las autoridades chinas estaban preocupadas porque la Central Gigante o la Central del Dragón, como también la llaman, ha empezado a producir problemas.

Thomas movió las manos y nos miró con ojos muy abiertos, como alegrándose de lo que anteriormente había expuesto.

—¿Lo veis? La solución está en la energía solar. Nada de centrales nucleares. El sol nos proporciona energía limpia.

Byron chasqueó la lengua y torció la cabeza.

—No te alegres, Thomas. Si es cierto lo que dice no debes sentirte como un profeta al que le acaban de comunicar que sus profecías están cumpliéndose. En Florida empezamos a preocuparnos hace años, cuando tuvimos infor-